



LA SACUDIDA

Por MIGUEL DE UNAMUNO

(Para LA NACIÓN)

SALAMANCA, fin del año 1923.

Esta pequeña sacudida que venimos sufriendo en la vida política de España desde hace tres meses ha servido para poner de manifiesto dolencias que se ocultaban, para sacar a sobrehaz lacerias que posaban en lo hondo. Al sentir el pequeño temblor de tierra—porque ha sido pequeño—y temer que fuese el anuncio de un poderoso terremoto, de una catástrofe—la palabra griega "catástrofe" quiere decir lo que aquí decimos "vuelta de la tertulia"—los unos se echaron a la calle temiendo que se les viniera encima el techo de su casa y los otros para saquear las casas que esperaban ver arruinadas, de sus vecinos, o acaso para hacerse con los restos de ellas una para sí. Y se empezó a oír hablar de hombres nuevos y de partidos nuevos y de régimen nuevo y de España nueva y de todo género de novedad.

"¿Qué hay de nuevo?" — le preguntaban al sastre remendón del cuento y el sastre contestaba: "¿De nuevo? ¡Ni el hilo!" Y así ahora y aquí. No hay de nuevo ni el hilo, ni la retórica. Porque la retórica que podríamos llamar del Directorio, la de los decretos y notas oficiales del poder salido del pronunciamiento del 13 de septiembre, es una pobre retórica de tópicos manidos. Y uno de estos tópicos es el de renegar de la retórica, de la palabrería, del parlamentarismo, y substituir la palabra, no con la acción, sino con el gesto. Hay una retórica que podríamos llamar muda o cinematográfica, peliculara. Charlot es a su modo un gran retórico. Hay quien sólo al posar para que le saquen una instantánea comete una figura retórica, un tropo. Aunque Mussolini no hablase—y sería mejor para él—resultaría un gran retórico.

Retórica, por supuesto, y no poética. Porque la retórica es el arte de vestir el pensamiento y, cuando no le hay, de encubrir con un vestido la falta de él, y la poética es el arte de desnudarlo.

Esta pequeña sacudida que venimos sufriendo en la vida política de España desde hace tres meses ha desencadenado una turbia retórica de manido tradicionalismo patrioterro, mas a la vez ha excitado el viejo fondo de la envidia demagógica. Los mismos que hasta hace tres meses estaban pidiendo limosna a los desdichados políticos que sólo de darla vivían, se revuelven ahora contra ellos y les insultan. El espectáculo da náuseas.

Aquellos antiguos partidos tendrían todos los defectos que se les quiera imputar, pero no eran cotos cerrados, no eran comunidades herméticas. Estaban abiertos a todos. Y los que, como el que esto escribe, no llegamos a la gobernación del Esta-

do, no participamos del Poder, fué porque no quisimos y no porque se nos excluyera. Si yo, por ejemplo, no he llegado a ser ministro de la Corona por lo menos, es porque no quise rendirme a ficciones, porque comprendí el gran equívoco del liberalismo dinástico español, porque sentí que la dinastía reinante es profundamente anticonstitucionalista y antiliberal y que no había aquí mayor contrasentido que lo que don Santiago Alba llamó República. Corona. La Corona de España, más habsburgiana que borbónica hoy, es esencialmente antirrepublicana y antiliberal y podrá ser demagógica acaso, pero democrática jamás. El Reino de España no es el de Italia, ni el de Bélgica, ni se les parece.

El estallido de la profunda envidia popular, demagógica, oclocrática—del terrible "phthonos" de los griegos, que inventó el ostracismo—el estallido de la livida pasión que produjo antaño la Inquisición y su Santo Oficio, de ese terrible cáncer que engendra el chauvinismo—todo chauvinista es en el fondo un envidioso—ha inundado a España de denuncias. En el bochornoso manifiesto del 12 de septiembre con que se inició el pronunciamiento se invitaba a la delación secreta garantizando el secreto y aunque fuese contra los mismos pronunciados. Aunque es claro que el secreto serviría para no dar curso a las denuncias contra ellos. Porque don Luis Silveira, el que era entonces alto comisario de Marruecos, denunció y no secreta, sino públicamente, que del dinero que se recaudaba de la tolerancia del juego prohibido iba una parte al Gobierno Civil de Barcelona, y no se sabe que se haya dado curso a esta denuncia. Como que ese dinero se dice que le servía al general M. Anido, gobernador que fué de Barcelona y uno de los pronunciados, para pagar a los pistoleros, y de ese dinero del juego se dice que cobró el asesino del pobre diputado republicano y abogado de sindicalistas Sr. Layret.

La fiebre de la delación ha sido tal que ha dado miedo y asco a los mismos que la provocaron. Y con la fiebre de la delación se ha desarrollado la de la calumnia. Los llamados políticos del antiguo régimen, que sería mejor llamar antiguos políticos del régimen, han tenido que sufrir todo género de ataques. Y ni se les permite defenderse. A don Santiago Alba se le prohibe defenderse de los ataques que se le han dirigido en la prensa; el presidente del Directorio, el mismo que le injurió, le impide que se defienda públicamente de las acusaciones que le dirigen periodistas que habían acudido antes a pedirle favores. Y cuando en privado le han hecho ver que se precipitó al acusarlo lo ha reconocido, pero diciendo que no puede hacerlo públicamente porque equivaldría a deshonrar el movimiento. Que es lo de: "procure

siempre acertarla — el honrado y principal,—pero si la acierta mal,—defenderla y no enmendarla". Si bien en este caso tampoco se procuró acertarla ni encajan otros términos de la famosa cuarteta.

¡Qué de fondos de ponzoña pasional ha puesto al descubierto esta sacudida! Cuando los dos presidentes del Senado y del Congreso, señores conde de Romanones y don Melquíades Alvarez, fueron a Palacio a entregar a don Alfonso de Borbón y Habsburgo-Lorena el documento en que venían a decirle que había sido perjuro al dejar que se violase la Constitución, don Alfonso les recibió sin hacerles sentar, tomó el documento y se lo guardó sin leerlo, y negándose a una indización de don Melquíades de que lo leyera, les indicó con el ademán la puerta de salida, y por despedida, dirigiéndose a este último y delante del conde, le dijo: "Ah, Sr. Alvarez, tengo que felicitarle porque en las averiguaciones que se practican no resulta nada contra los amigos de usted." Y luego, en carta que de madrugada escribió al conde le llenó de reproches y le pidió, si es que le interesaba conservar su amistad, que se rectificara del acto de la entrega del documento y de éste. Lo que no quita que le haya llamado después a su mesa y que el conde haya acudido.

Cuando en estos días, a propósito de lo que está pasando en Grecia, que si no es la de Pericles o Cleón es la de Venizelos y Plastiras, oímos hablar de balcanismo y de política balcánica, pensamos con tristeza en cierto viejo resabio tradicional que aun queda en esta Península extremo-occidental de Europa, cuyo espíritu político nació en una lucha secular contra los moros, lucha acompañada de componendas y de transacciones. Porque cuando España estaba dividida en Reinos, como lo está la Península de los Balcanes, y al mediodía de ella dominaban los moros como allí los turcos, nuestros soberanos conspiraban unos contra los otros apoyándose a las veces en los moros, y no bastó la reconquista para hacer la unidad nacional. Y luego, durante los Austrias, desde Carlos I el Emperador hasta Carlos II, el Hechizado, es cuando cuajó el terrible morbo inquisitorial, la avaricia de espíritu que igualaba a nuestros soberanos con la plebe. Ellos y ella acudían a presenciar los autos de fe; ellos y ella odiaban la libre personalidad del pensamiento. Y no se sabe si es que era la plebe—la plebe, la de los mendigos; no el pueblo, el de los trabajadores,—no se sabe si era la plebe regia o el rey era plebeyo. Plebeyo y no popular, porque al pueblo lo ahogó Carlos I en los campos de Villalar cuando la rota de las Comunidades de Castilla. En cuanto a aristocracia, se redujo a servidumbre palatina, otra forma de pordiosería.